

A PROPOSITO DE LA EXPOSICION *Afrocán*, DE MARTIN CHIRINO, EN LA Grace Borgenicht Gallery DE NUEVA YORK

JOHN ASHBERY

**POESIA EN MOVIMIENTO.** Martín Chirino es un escultor español que ha expuesto aquí regularmente desde su primera exposición en 1960, en el Museo de Arte Moderno, en la exposición "Nueva pintura y escultura española". Su exposición en la Galería "Grace Borgenicht" se llama *Afrocán*, una alusión a África y a su tierra natal, las Islas Canarias. Las espirales de algunas esculturas fueron aparentemente sugeridas por las máscaras africanas y los "graffiti" políticos de las paredes de Tenerife.

Estas son las obras más hermosas que jamás ha hecho; unas son dinámicas formas ovales que, ancladas en la base por el nudo de una espiral, parecen destinadas a algún uso ritual. Otras sugieren alas desplegadas y atenuadas hasta lo imposible, tensas y preparadas para el vuelo. Se verían magníficas a escala monumental. Y los poderes responsables para encargar esculturas con destino a lugares públicos de esta ciudad, podrían tomar nota de la residencia frecuente del Sr. Chirino aquí.

(En *New York Magazine*, núm. del 24 de marzo—  
19 de abril de 1979)

## EL CRITERIO DE OTROS

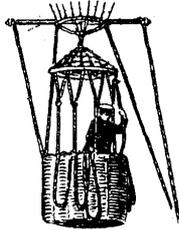
HILTON KRAMER

**MARTIN CHIRINO.** Para gustos aún hambrientos de formas reverenciadas de artesanía de la escultura, y por la elegancia de formato que llevan tales modelos de trabajo, la labor de Martín Chirino les produciría un gran placer. El escultor español usa el hierro forjado de tal modo que éste adquiere la apariencia de terciopelo negro. No hay, sin embargo, nada blando en la forma de esta escultura. Alcanza un poder monumental que fácilmente coexiste con una cierta gracia lírica. Estamos abocados a sentir el espíritu del hombre mismo en estas hermosas y consumadas formas, y se nos recuerda, también, lo que hemos perdido en los recientes movimientos de la gran artesanía del objeto escultórico.

(En *The New York Times*, 20 de abril de 1979)

(Trad. de B.G.)





AERONAUTA

## IMAGENES DE IDA Y VUELTA

Sumamente curioso que, en sus búsquedas y acopio de materiales, Julio Verne hubiese llegado hasta algunas páginas de la Historia de Viera y Clavijo, sobre todo a aquéllas en que el polígrafo, después de exponer la documentación existente en torno a "San Borondón" —la atlántica isla misteriosa—, y de ratificar la causa científica de las supuestas apariciones y desapariciones, reabre, insatisfecho, la inacabable disquisición con un argumento no menos poético, anticipado por la tecnología, y que no desgarrar las nieblas del mito. "Es cierto — escribe Viera — que sería una imaginación agradable figurarse esta isla a manera de una gran máquina que, armada de no sé qué muelles o resortes, se pueda dilatar o comprimir, elevándose y volviéndose a sumergir debajo de las aguas."

Verne, sí, consultando a Viera en la silente biblioteca de una rancia sociedad cosmológica, entre cuadernos de trabajo de Veinte mil leguas de viaje submarino, con Nemo —la deuda de arquetipo improbable—, nueva deidad que habita en su cetáceo metálico por las tierras desplomadas ante los ojos de Platón.



ESPOVAS

¿Por qué Crimen? ¿El de la mujer joven de ficción? La muerte violenta en todas las formas imaginables: estrangulamiento, punción, disección. Ultraje y profanación.

Cometido, en solitario, por Agustín Espinosa, en el descampado círculo de luz de un cuarto de alquiler. Contra la Sintaxis, contra la Prosa, contra la Novela, contra la Literatura y sus putísimas sombras redobladas.

Con los dedos aún manchados de tinta, lo refirió en un diario que luego hizo llegar a quien únicamente podía justificar la desmesura de aquel gesto, su amigo Oscar Domínguez, fugitivo que le había precedido en una semejante experiencia de destrucción.

MARTIN ALCAFORADO

## PARADIGMA

### VIVIR AQUI: SABOR ANTICIPADO DE LA MUERTE

SERVANDO MORALES nace, muere y escribe en esta isla. Dejó publicados un breve libro de versos, *Sobre la mar anclado* (Las Palmas de Gran Canaria, 1946), varios cientos de artículos periodísticos y algún que otro folleto de restringida circulación. La producción inédita va, creo, desde el nunca declinado ejercicio poético a la estricta reflexión de diarios personales. Nos mandó a todos "a la mierda" —como él tenía a gala despedirse— un día de enero de 1978 —me dicen que resignadamente— desde un cuarto de hospital.

Media docena de personas asiste a su entierro; es un sábado desapacible, de lluvia permanente y, a ratos, casi torrencial; el resto de sus amigos puede, lógicamente, justificar su ausencia. Luego, en la prensa diaria, no más de un par de artículos se hacen eco de su muerte. Nadie, pues, le conoce ni reconoce. La isla —su isla "puñetera", que siempre supo de sutiles y burdos modos de marginación— disimula. S.M. vino a ser acreedor al procedimiento que a su caso convenía, desde —según entiendo— veinte años atrás, cuando —en nombre de no sé qué triaca moral— empieza a recibir en nuestra escena social los cumplidos de la fría reticencia, del pundonoroso distanciamiento. Por entonces ya han ocupado las primeras butacas quienes se han prometido el espectáculo de una destrucción, tenazmente forjada la trama de la leyenda ineluctable. Ya se sabe: la isla contó siempre con el Tiresias que predijera el resto. (Yo sé de labios finos, en un rostro de azufre, que humedece la lengua de un reptil, con el chasqueo insufrible de la petulancia: es el Tiresias renacido de la mordida de sí mismo.) A S.M. quedó tal vez la libertad de no asumir la experiencia del fracaso, y ahí reside su pequeña grandeza, que para otros se vuelve acaso remordimiento y oprobio. Con acorralada dignidad, malvendió cuadros, libros, recuerdos; hizo infructuosas antesalas de solicitud; telefoneó a por respuestas negativas, y bebió el último largo guisqui muy aguado de todas sus deshoras. Cada cual puede restituirse su parte de descargo, de maledicencia, de soturno y achistado alcohol. Me consta que al final "el chino número 701.000.000" lo había entendido todo.

E. P.